

que mandara preparar en el circo (400). Pero aquellos espectáculos sangrientos eran altamente reprobados por los Padres de la iglesia. Prudencio, en unos excelentes versos, aconsejaba al pupilo imperial que no permitiera que fueran celebrados; bajando á la arena el piadoso ermitaño Telémaca para impedirlos, fué asesinado por el pueblo enfurecido, y el triunfo de la humanidad quedó sellado con la sangre del mártir.

En el momento mismo en que la lisonja erigia á Honorio un arco de triunfo con una inscripcion en que se decia que habia destruido para siempre la raza de los godos, se ocupaba la prudencia en desmentirlo haciendo reparar y poniendo en estado de defensa las plazas fuertes de los alrededores de Roma y los muros de su recinto. Entretanto el emperador, no creyéndose seguro en esta ciudad ni en Milan tampoco, fué á esconder la púrpura imperial en Rávena, protegida á la vez por una escuadra, por pantanos y por fortalezas.

Después de todo, no sin razon se tomaban medidas de defensa, porque se agitaba todo el Norte y empujaba sus tumultuosas oleadas hácia la Italia. Ya fuese porque las victorias de Touloun, kan de los geougos, sobre los hunos, hubieran comunicado de nuevo impulso á los germanos, ya porque brindaron poderoso incentivo á éstos el botín y los triunfos de sus hermanos, es lo cierto que á su vez se conmovieron en ademan terrible. Radagaso, á la cabeza de una muchedumbre de vándalos, de suevos, de burgundos, que se hace ascender á cuatrocientos mil hombres, partió desde las riberas meridionales del Báltico; reforzado en el camino por la caballería de los alanos, por aventureros godos y por tribus de infinitas razas, que ya es imposible distinguir en adelante entre aquella confusion de pueblos, se presentó á orillas del Danubio. Persuadido Estilicon de la inutilidad de defender las provincias distantes, cuando la Italia se hallaba en peligro, llamó todas las guarniciones hácia este punto (405), hizo nuevas levás, prometió la libertad y dinero á todos los esclavos que se engancharan en el servicio, y aún así á penas pudo poner en pié de guerra treinta ó cuarenta mil hombres, á quienes incorporó muchos bárbaros auxiliares; tan odiado era á la sazón el ejercicio de las armas.

Radagaso, cuya multitud de tropas se habia dividido en tres cuerpos, cruzó sin encontrar ningun tropiezo la Pannonia y los Alpes, pasó el Pó, á retaguardia de Estilicon, que se habia acampado junto al Tesino, y salvó el Apenino, desde donde cayó sobre la Toscana, taló las indefensas campiñas, destruyó cuanto quedaba de las florecientes ciudades de los etruscos, y llegó á poner asedio delante de Florencia.

Circulaba el rumor de que el feroz guerrero habia jurado convertir á la reina del mundo en un monton de escombros, y hacerse propicios á los dioses, ofreciéndoles la sangre de los senadores más ilustres. Esta noticia era recibida con extraordinario júbilo por los partidarios de la antigua religion nacional, con la esperanza de que la nueva idolatría restablecería sus dioses, y de que produciría el triunfo de su faccion el mismo suceso que produjera la ruina de la patria. De consiguiente, en vez de excitar al pueblo á armarse de valor ó de desesperacion á lo ménos, clamaban sin rebozo (406): *Ya lo veis, todo perece en tiempo de los cristianos. ¿Cómo hemos de resistir á un guerrero que sacrifica cotidianamente á los dioses, acto que se nos veda á nosotros?* En aquel mismo instante, ayudados los cristianos por milagros y revelaciones, reanimaban el valor de la amenazada Florencia.

Estilicon dió alcance al bárbaro á corta distancia de esta ciudad, y con la misma habilidad de que habia dado prueba dos veces contra Alarico, evitando arrisgar una batalla, cuya pérdida hubiera sido irreparable, cercó al enemigo con fuertes trincheras y luego asediándole á su vez, dejó que le consumiera el hambre en las áridas rocas de Fesulas. Forzado Radagaso á rendirse se le cortó la cabeza, y sus compañeros fueron vendidos como esclavos, en tan inmenso número, que se compraba muchos por una moneda de oro; pero murieron infinitos de ellos en brevisimo tiempo á consecuencia del cambio de alimento y de temperatura. Estilicon favoreció la retirada de las demas fuertes bandas que habian hecho alto en los Alpes; se inquietaba muy poco por la suerte de las provincias; su único pensamiento propendia á salvar la Italia, á que se reducía en suma entonces el inmenso imperio de Occidente.

Uno de los otros dos cuerpos causó grandes destrozos en la Galia Oriental, á las órdenes de Gundecaro, rey de los burgundos; mandado el tercero por Godigisilo, rey de los vándalos, reforzado con los suevos, los alanos y los restos del ejército de Radagaso, penetró asimismo en las Galias; pero cuando llegó á las tierras de los francos encontró á aquel pueblo sobre las armas, bajo la autoridad de un rey que Estilicon les habia dado. Vinieron á las manos (1.º de Diciembre) y los vándalos dejaron sobre el campo de batalla veinte mil de sus soldados, incluso su rey Godigisilo; sobreviniendo entonces los alanos derrotaron á su vez á los francos, y pasaron el Rhin cerca de Mayenza. Por espacio de tres años fué victima el país de sus devastaciones; posteriormente, cuando evacuaron las tierras situadas en la frontera, fueron allí reemplazados por los burgundos y los alemanes, quienes pasaron á cuchillo ó redujeron á la servidumbre á sus primitivos moradores. A partir desde este periodo puede decirse que acabó definitivamente la dominacion de Roma en la Galias.

Tambien habian sido abandonadas las islas Británicas por las legiones. Ya hemos visto á los escotos desamparar la Irlanda, donde se habian establecido, para dirigirse al país, que tomó de ellos el nombre de Escocia. Reunidos á los caledonios, de raza cimbrica, como ellos, cayeron sobre los bretones, pueblo céltico procedente de la Bélgica, que en otro tiempo les habia rechazado de las provincias meridionales.

Conociendo la extremada debilidad del gobierno los auxiliares puestos de guarnicion en las provincias desguarnecidas de tropas, se divertian en encumbrar á efímeros tiranos, á fin de que la diadema fuera prelujo del suplicio. Un tal Marco fué tambien proclamado por ellos emperador de la Bretaña y del Occidente; luego le quitaron la vida para que le sustituyera Graciano, á quien cuatro meses después hicieron sufrir la misma suerte. El nombre de Constantino valió el trono á otro soldado (407), que incapaz de mantenerse en una época de paz en tan encumbrado puesto, supo sostenerse allí por la guerra, aspirando á conquistar las provincias occidentales. Desembarcado en Boloña exigió la obediencia de las ciudades galas no

sometidas, todavía á los bárbaros (Setiembre). El pueblo condenado al olvido por Honorio, y harto desventurado para que dejara de tener halagüeñas esperanzas en un cambio de cualquiera especie, prestó de buen grado oídos á su llamamiento. Constantino alcanzó sobre los germanos algunas ventajas, que exajeró la fama, y luego celebró alianza con ellos. Adjudicó á su hijo el título de César, eligió por capital á Arlés, y habiendo expulsado á los restos de las tropas romanas, comenzó contra Honorio una guerra civil cuyas eventualidades fueron propicias ora á un bando, ora al otro. Finalmente, obligadas en Viena las tropas imperiales á apelar á la fuga, obtuvieron á costa de dinero volver á pasar los Alpes, que vinieron á fijar el límite entre los estados de Constantino y de Honorio. Tambien se sometió la Península ibérica al nuevo soberano, ó fué por él conquistada.

En tanto que los dos emperadores luchaban entre sí con debilísimas armas, tornaba á aparecer Alarico más amenazador que nunca. Lejos de abatirle de ánimo sus reveses, le habian servido de enseñanza; ni habian sido parte á disminuir en lo más mínimo la confianza que tenian depositada los bárbaros en su valor y en su prudencia; antes bien se hallaba ahora al frente de todas las bandas diseminadas desde el Rhin hasta el Euxino. Dióse, pues, Estilicon por satisfecho con poder adquirir su amistad, tanto á fin de reunir de este modo la Iliria Oriental al imperio del Occidente, como para proporcionarse robusto apoyo para la ejecucion de un antiguo proyecto, que acariciaba en su mente, á saber: la sumision de todos los estados de Arcadio. Pasando así Alarico del servicio de un imperio al servicio de otro, fué declarado maestro de la infantería y de la caballería en la prefectura de Iliria. Esto no estorbó que se presentara junto á las fronteras de Italia (408), protestando de su amistad á Estilicon y de su respeto á Honorio, y ofreciendo marchar contra el emperador de las Galias, á condicion de que se le diera dinero, y de que adjudicara á sus guerreros una de las provincias occidentales que habian quedado desiertas.

En medio de la debilidad creciente de Honorio y de su gobierno, habia aspirado Estilicon á comunicar alguna energia al Senado, y á ha-

cerle poner mano en los negocios públicos; pero sólo había encontrado retóricos, instruidos en las formas de la república antigua, sin saber otra cosa, y no pensando más que en hacer vano alarde de palabras, que respiraban dignidad, como en la época en que sus ascendientes decían á Pirro: *Sal ante todo de Italia y trataremos luego.* Cuando Estilicon propuso las pretensiones del rey godo, clamaron los senadores que era indigno de la majestad romana comprar á un bárbaro una paz incierta y vergonzosa. El general que sabía, no lo que traían á la memoria los libros, sino lo que reclamaba la cobardía de la corte de Rávena, redujo al silencio á aquel intempestivo patriotismo, y los atrajo á consentir en que se entregaran 4,000 libras de oro á Alarico, á fin de que defendiera las fronteras de Italia. Osa protestar contra esta concesion el senador Lampadio, clamando en alta voz: *Eso no es una paz, sino un contrato de esclavitud;* y no logró escaparse de las consecuencias de su audacia más que buscando asilo en una iglesia.

Sin embargo, no resonó sin eco aquella voz generosa. Efectivamente, el Senado retrocedió en punto á lo que había decidido y se mantuvo firme en su negativa, oponiendo de este modo una resistencia desusada á la voluntad del general omnipotente. Irritadas las legiones al verse pospuesta á los bárbaros, prestaron apoyo á la resistencia de los senadores. Hasta el mismo Honorio había sido prevenido contra su ministro á causa de que le presentaban á sus ojos como animado del pensamiento de mantenerle siempre en tutela, dado que no se pusiera obrar de modo que pasara la corona á las sienes de su hijo Eucherio. De consiguiente, bajo la influencia de Olimpo resolvió ejercer en realidad un poder, que no poseía más que el nombre, y jugar á su tutor una mala pasada. Con esta idea se dirige al campamento de Pavía, compuesto de tropas romanas hostiles á los bárbaros, y á una señal convenida, manda degollar á todos los amigos de Estilicon en unión de otros muchos *ilustres*, y saquear sus moradas.

Los caudillos de las bandas cuya fortuna estaba ligada á la de Estilicon, le pidieron con unánimes voces que les guiara contra aquellos afeminados romanos. Si les hubiera prestado oídos, hubiera podido justificarle el buen éxito

de la empresa; pero ya fuese por vacilacion ó por una generosidad que le hiciera preferir su ruina á la pública desgracia, rehusó ponerse en movimiento y le abandonaron los descontentos auxiliares. Uno de ellos asaltó su tienda, pasó á cuchillo á los hunos que tenía para su custodia; y Estilicon, consiguiendo escaparse, acogiéndose en Rávena al pié de los altares. Hizose uso de la perfidia para arrancarle de su asilo, luego se le presentó el decreto que le condenaba á muerte y la sufrió con no menos dignidad que serenidad de ánimo.

Apenas había terminado su existencia, aquellos mismos que pocos dias antes incensaban al ministro guerrero, le acriminaron enérgicamente llamándole traidor y parricida; hubo competencia sobre quien denunciaria á sus amigos, mientras que éstos se apresuraban á esconderse. Olimpio, principal motor de la intriga que acababa de causar la pérdida de su bienhechor, exageraba á Honorio el peligro de que se había libertado en aquel momento, y le agriaba contra la memoria del salvador del imperio, tratado de enemigo público desde entonces. Arrancado del recinto de una iglesia su hijo Eucherio, fué asesinado; y Termancia, su hermana, que había sucedido á María en el helado lecho de Honorio, fué repudiada virgen como ella. La firmeza con que los amigos de Estilicon soportaron el tormento y la muerte, hizo que se tuvieran por ciertos sus servicios y su crimen por dudoso. Se le acusó de estar en inteligencia con los bárbaros, él, que no supo más que vencerlos en el curso de los veintidos años que estuvo al frente de las tropas; de destinar el trono á su hijo Eucherio, él, que no le dejó hasta la edad de veinte años sólo de humilde tribuno de los notarios; de meditar en el restablecimiento del paganismo, él, que educó á sus hijos en la religion cristiana y fué odioso á los ojos de los gentiles porque había entregado á las llamas los libros sibilinos, aquel oráculo del capitolio, y porque su esposa había quitado un collar á Vesta, aquella protectora de Roma.

#### CAPITULO VIII.

Alarico y los italianos.

Una vez roto el dique se desbordó el torrente; si aún quedaban algunos obstáculos, pare-

ce como si Honorio se hubiera complacido en destruirlos, licenciando á los más valientes de sus defensores, sólo por la razon de que eran idólatras ó arrianos, y sustituyéndolos con oficiales tan menospreciados por el enemigo como odiosos á los soldados. Los auxiliares que echaban de ménos á Estilicon, no eran contenidos en su deseo de venganza más que por el temor de comprometer su familia y sus riquezas, cuyo depósito habían confiado á las plazas fuertes de Italia. A pesar de todo, Honorio mandó que aquellos preciosos rehenes fueran degollados en un mismo dia, y que los bienes de las víctimas fueran confiscados. Entonces treinta mil auxiliares, cuya cólera y cuya desesperacion no reconocian ya freno alguno, se pasaron á las filas de Alarico, y el júbilo de éste fué imponderable cuando se apercibió de que la corte imperial procedía por este medio en obsequio de sus intereses. Envalentonado con la caída de Estilicon, á quien respetaba y temía; irritado á consecuencia de algun atraso en su sueldo, impelido por las instigaciones de aquellos que acababan de perder lo más querido que poseían en el mundo, demandó el bárbaro satisfaccion al imperio, bajo amenaza de guerra. Se le expidieron embajadores para aplacarle, y cedió al cabo; pero interpretando los romanos la moderacion por miedo, no se ocuparon de aceptar sus condiciones, ni de reunir fuerzas. Ya Alarico no quiso oír hablar siquiera de fé ni de amistad, y se puso en marcha. Desde la cumbre de los Alpes Julios muestra á los ojos de sus guerreros las delicias del clima italiano, sus opulentas ciudades, sus fértiles vergeles; les recuerda les despojos del mundo acumulados dentro de Roma por trescientos triunfos, y persiste en la facilidad de apoderarse de ella. Muy pronto caen en su poder Alquilea, Albino, Concordia, Cremona; nuevos aliados se agrupan cotidianamente en torno de su bandera, que ondea orgullosa á la vista de Rávena, infundiéndola espanto. Costea el Adriático, y tomando posteriormente la vía Flaminia marcha de ciudad en ciudad, sin que descargue un sólo golpe hasta levantar sus tiendas bajo los muros de la antigua soberana del mundo. Un ermitaño pretende sosegar su furia, y Alarico le responde: *No puedo detenerme, Dios me empuja hácia adelante.* De igual mane-

ra mil años despues enviaba Mahoma á despertar á su visir en el curso de la noche, y le decía: *Te pido Constantinopla: me sería imposible conciliar el sueño sobre esta almohada: Dios quiere entregarme los romanos.*

Ya estaba muy léjos el tiempo en que el pueblo romano se alzaba como un sólo hombre contra Anibal ó contra Pirro, en que todos, desde el plebeyo más humilde hasta el dictador y los personajes consulares corrían en pos de la muerte ó la victoria. Había perdido el imperio sus mejores provincias; quedaron las otras tan despobladas, que los emperadores tuvieron que trasladar allí enjambres de bárbaros. Ya Nerva concedía tierras en vez de subvenciones antes convenidas. Marco Aurelio estableció en el territorio sometido á Roma un gran número de marcomanos. Pertinax daba tierras á todo aquel que queria dedicarse á su cultivo. Constantino autorizó á sus veteranos para que le pidieran en recompensa las que se hallaban vacantes en el punto que mejor les conviniera. Valentiniano les permitió desmontar en todas partes las que estaban incultas; de veinte y cinco mil porciones de terreno sometidas á tributo en el pais de los eduos, hubo de eximir siete mil Constantino; Honorio cinco mil setecientas tres del Africa Proconsular, y siete mil seiscientas quince de las quince mil setenta y cinco de la Byzacene, en razon de haber sido abandonadas.

Con especialidad se hallaba despoblada desde el tiempo de los primeros emperadores, por las causas que en otro lugar hemos enunciado. A fin de no degenerar de su clase, aplicándose al comercio y á la industria, convertían los ricos en tierras sus capitales. Saliendo de esta suerte de manos de los pequeños propietarios, se aglomeraron en inmensos dominios, particularmente á contar desde el momento en que decretara Trajano que, para aspirar á los honores, se necesitaba que el pretendiente tuviera por lo ménos las tres cuartas partes de su patrimonio en Italia. En su consecuencia, acabó de desaparecer definitivamente la clase más numerosa y más vital, de los pequeños propietarios, y la poblacion agricola fué sustituida por una cantidad menor de esclavos. Pero tambien esta clase desventurada disminuida de una manera considerable, ora porque los emperadores no tras-